



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 16 MARZO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

El escándalo inmortal

LA IMPRONTA EXACTITUD
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Érase una vez, en el corazón de un vasto y próspero valle, un reino llamado Luminaria. Su tierra era fértil, sus ciudades vibraban con comercio y sus habitantes vivían en una armonía envidiable. En el centro de este reino gobernaba el Rey Aldemar, un monarca venerado tanto por su sabiduría como por su bondad. Contaba con el apoyo de cuatro grupos importantes, a los que llamaba su Tétrada Sagrada: el pueblo, el congreso, el poder judicial y su ejército.

Y es que Aldemar no era un rey común. Caminaba entre su gente, escuchaba sus preocupaciones y resolvía sus problemas con una empatía que pocos líderes podían igualar. Se decía que podía calmar disputas con solo una palabra amable y encender la esperanza en los corazones con una sonrisa cálida. Nunca difamaba y era honesto: incapaz de inventar mentiras cuando le inundaba la emoción. Luminaria floreció bajo su gobierno, ganándose el apodo de "El Reino de la Luz".

Un día, en el décimo aniversario de su coronación, Aldemar anunció un proyecto ambicioso: construir una Gran Torre de Cristal. "Será un símbolo de nuestra unidad y prosperidad", proclamó. La idea emocionó al pueblo, pues veían en ella una extensión del sueño compartido que el rey siempre había impulsado. Su alteza, lleno de entusiasmo, destinó gran parte del tesoro real al proyecto, confiando en que su impacto positivo superaría los costos.

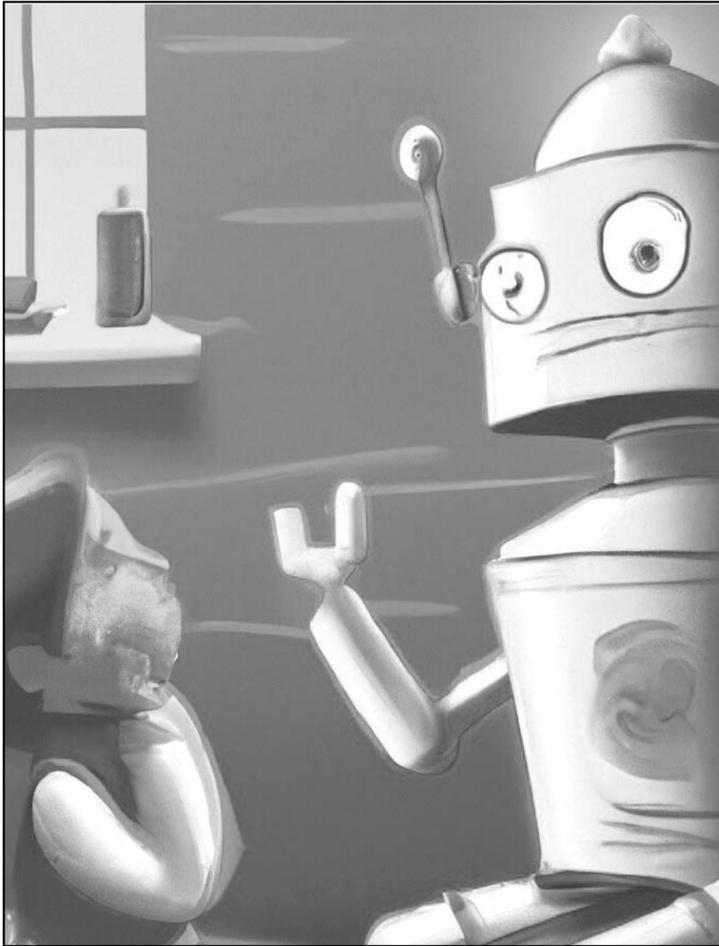
Sin embargo, construir la torre resultó más complicado de lo esperado. Los planos requerían materiales raros y costosos, algunos de los cuales debían traerse desde la lejana Grecia. Los meses se convirtieron en años y mientras tanto, las arcas del reino comenzaron a vaciarse y los problemas cotidianos que una vez el rey resolvía con prontitud, fueron descuidados. Los caminos se deterioraron, los cultivos sufrieron plagas y las familias comenzaron a luchar por mantenerse a flote.

El pueblo, inicialmente paciente, empezó a murmurar: "El Rey Aldemar ya no camina entre nosotros. Su torre nos está costando nuestras vidas". Aldemar, aunque consciente de las quejas, estaba obsesionado con completar su visión. "Una vez que la torre esté terminada, todo volverá a ser como antes", se repetía a sí mismo, antes de entrar a la alcoba, con su reina.

Un día, un anciano campesino llamado Torien se presentó en el castillo. Con la espalda encorvada por los años y la mirada serena, pidió hablar con el rey, quien, a pesar de todo, aún mantenía las puertas de su trono abiertas al pueblo. "¿Qué te trae aquí, buen hombre?", preguntó el monarca.

"Majestad", respondió Torien, "cuando plantamos un árbol, lo hacemos pensando en la sombra que ofrecerá a quienes lo necesitan. Pero un árbol que agota el suelo y no da fruto, solo causa hambre. Su torre, aunque hermosa, no es la sombra que el pueblo necesita."

Aldemar quedó en silencio. Las palabras del anciano resonaron en su mente, pero su orgullo y su deseo de terminar la torre lo impulsaron a continuar. Al cabo de un año más, la Gran Torre de Cristal se erigió finalmente. Brillaba bajo el sol como un faro de esperanza, pero el reino



que la rodeaba ya no era el mismo. Las calles estaban vacías, las granjas abandonadas y el comercio había cesado. La torre, en lugar de simbolizar la unidad, se había convertido en un recordatorio de lo que Luminaria había perdido.

El pueblo, exhausto y desilusionado, comenzó a alejarse de su rey. Aunque Aldemar intentó acercarse nuevamente a ellos, ya era demasiado tarde; su conexión con el corazón de su reino se había fracturado. Se convirtió en un monarca solitario, quien había perdido el favor de su Tétrada Sagrada. Contemplando su torre desde las ventanas del castillo, se preguntaba en qué momento había perdido su camino.

Años después, Aldemar decidió abdicar entristecido, entregando el trono a un consejo elegido por el pueblo. Algunos decían que su caída había sido causada por conspiración de los poderosos; otros, que achaques personales lo habían llevado a semejante desenlace.

La verdad nunca se supo. Pero ya solo, en su retiro, plantó un bosque alrededor de la Gran Torre, un espacio abierto donde los habitantes podían reunirse, descansar y recuperar la vida comunitaria. Aunque nunca volvió a ganarse el amor que una vez tuvo, su bosque se convirtió en un lugar donde nuevas generaciones aprendieron la importancia de equilibrar el sueño y la ambición personal, con las necesidades colectivas.

Y así, la historia de Aldemar se convirtió en una lección para Luminaria: incluso el líder más querido debe recordar que el verdadero poder de un reino

radica más allá de la Tétrada Sagrada.

Y colorín colorado, este cuento creado en segundos por la Inteligencia Artificial, se ha acabado. (Más tardé yo en copiarlo, que la tecnología en redactarlo).

EL ÉXITO DE ANDROID
OLGA DE LEÓN G.

Había una vez un hombre llamado Android, un joven que había pasado la mayor parte de su vida trabajando en la sombra, soñando con un día en el que pudiera tomar el control y ser reconocido por todos. Android vivía en una ciudad donde el poder era lo más importante de la vida y del mundo, era todo; y solo los más astutos podían ascender hasta alcanzarlo. Durante años, el joven Android observó, planeó y esperó su oportunidad.

Inesperadamente, un buen día, todo cambió. En un evento aparentemente fortuito, Android salvó a un empresario muy influyente de un peligroso robo. Este acto de valentía le abrió las puertas a un mundo que siempre había admirado desde lejos: el círculo de los poderosos. Su nuevo amigo, el empresario, comenzó a introducirlo en las esferas de influencia.

En el transcurso de un año, Android subió de rango con una velocidad vertiginosa. Era carismático, inteligente y sabía exactamente cómo jugar sus cartas. Con cada paso, adquiría más poder: inversiones, propiedades, contactos. Su reputación creció al punto de ser considerado una de las figuras más influyentes de la ciudad.

Pero, al mismo tiempo, Android empezaba a olvidar algo crucial: el poder

que había ganado tan rápidamente también podía desaparecer de la misma manera. Rodeado por aduladores y socios que lo elogiaban constantemente, Android comenzó a confiar demasiado en su capacidad para manipular situaciones a su favor.

Una noche, en una de esas extravagantes fiestas que ahora organizaba regularmente, un hombre llamado Lucas se le acercó. Lucas era uno de sus antiguos conocidos, alguien que había sido su compañero en momentos difíciles antes de que Android alcanzara la cima. Pero Lucas, ahora, no venía como amigo. Traía consigo un secreto con el que podía dañar el buen prestigio de Android.

"¿Te acuerdas de aquella vez en la que modificaste documentos para quitarle las tierras a esa familia que vivía cerca de tu casa?", dijo Lucas, con una sonrisa peligrosa.

Android sintió cómo la sangre se le helaba. Había cometido errores en su camino hacia el poder, acciones deshonestas que consideraba enterradas. Lucas le explicó que tenía pruebas contundentes, suficientes para arruinarlo, y le exigió una suma desorbitada de dinero, a cambio de continuar guardando silencio, de no revelar la vergonzosa verdad de antaño.

Confundido y desesperado, Android trató de negociar, pero Lucas no cedió. Las noticias comenzaron a filtrarse. Lo que al principio parecían rumores insignificantes empezó a crecer y a extenderse. Los aliados de Android, temerosos de que el escándalo pudiera salpicarlos, comenzaron a retirarse, dejaron de ver al amigo y hasta negaron cualquier relación con él. En solo tres días, su imperio, construido con tanto esfuerzo en un año, comenzó a desmoronarse como un castillo de naipes.

Primero perdió sus contactos políticos, luego los inversores comenzaron a retirar su apoyo y, finalmente, sus propiedades fueron congeladas debido a investigaciones legales. Lo que era una vida llena de lujo y poder se transformó en una pesadilla de humillación y aislamiento.

En su tercer día de caída, Android se encontraba solo en su enorme mansión, ahora vacía, reflexionando sobre lo que había sucedido. En el silencio de la noche, recordó las palabras que una vez le dijo un viejo mentor: "El poder no es algo que se posee. Es algo que se debe cuidar y usar sabiamente, porque puede abandonarte en el instante en que menos lo esperas."

Android, derrotado pero no completamente aniquilado, prometió algo. En esta ocasión, después de mucho cavilar, si alguna vez volvía a tener oportunidad de levantarse, lo haría de manera diferente. Sin trampas, sin traiciones. Por primera vez en mucho tiempo, sintió una chispa de humildad y esperanza. Recordó tantas frases, pero dos, en particular, le martillaban sus sienes: "No hay enemigo pequeño" y, "ama a tu prójimo como si fueras tú mismo".

Y así, desde esta nueva perspectiva, comenzó de nuevo. Pero esa será otra historia, otro cuento que referir, ya sea desde y con el apoyo de la inteligencia artificial o, sin ella... Que no será difícil bordar; o destejer e hilvanar nuevamente sobre tela previamente hilada.



Josefina Aldecoa

Nacida el 8 de marzo de 1926, Josefina Aldecoa fue una escritora española cuya labor profesional y gran parte de su carrera literaria se centró en el mundo de la infancia y la pedagogía.

Durante sus estudios universitarios —era Licenciada en Pedagogía— se movió en círculos literarios enmarcados en la que luego sería llamada Generación de los 50. Fue allí donde conoció a su marido, también escritor, Ignacio Aldecoa.

Uno de los puntos clave en su trayectoria profesional fue, sin duda, la creación del Colegio Estilo en 1959, donde volcó todas sus ideas sobre la nueva pedagogía, unos principios que chocaban con las técnicas de enseñanza propias del franquismo.

En 1961 publicó *A ninguna parte*, colección de cuentos que, hasta 1983, con *Los hijos de la guerra*, sería su única producción narrativa. Posteriormente publicó diversos libros, desde la perspectiva más autobiográfica —*Historia de una maestra* (1990)— hasta sobre la recuperación de la memoria —*La enredadera* (1984)— y sobre temas pedagógicos —*La educación de nuestros hijos* (2001)—.

En el año 2004 recibió el Premio Castilla y León de las Letras en reconocimiento a toda su carrera literaria.

Elmer Mendoza

Dios no escucha el chillido de los cerdos

Algo debe estar pasando en los pueblos, ciudades grandes y medianas de nuestro país para que nuestra literatura negra se haya vuelto tan dura y un registro implacable de una realidad terrible que duele hasta los huesos. Tal es la certeza que crece en cada página de *Dios no escucha el chillido de los cerdos*, novela de Alfonso Orejel, publicada por el Instituto Sinaloense de Cultura y Nitro/Press en octubre de 2024 en México. En esta novela, el autor deja en claro cómo los intereses políticos siempre tendrán más peso que la impartición de justicia; y también que existen seres humanos que cultivan un prolijo rencor toda su vida. Sigán al detective Gunter y compartan sus dudas, tal vez podrían ayudar a poco.

Alfonso Orejel nació en 1961 en Los Mochis, Sinaloa, México. Es autor reconocido de literatura infantil y un experto en ideas de fomento a la lectura para maestros, niños y jóvenes. Excelente cuentacuentos. En esta novela exhibe un cuidado extremo en el desarrollo de los personajes y sobre todo en la forma en que trata cada delito. Va de menos a más en los casos que cuenta en esta obra. La mayoría de sus personajes son grotescos. Seres que nunca encontrarán su lugar en el mundo. Conozcan a Tadeo, un

hombre fracasado como maestro, como vendedor, como hijo y en el amor. Es un perdedor con exceso de peso interesado en el porno con menores de edad. Su madre es una mujer dura que lo amenaza con desheredarlo por cualquier motivo, aunque carezca de importancia. En este grupo encontrarán al alcalde, a dos policías y algunos periodistas que les encantan los ambientes sucios. Ya lo verán.

La novela cuenta la historia de alguien que secuestra niñas menores de 10 años, las mantiene en cautiverio en una tétrica habitación, mientras sus padres sufren y la policía no tiene éxito. Luego las libera y, ¿qué creen que pasa con los padres? Alfonso Orejel teje una historia escalofriante donde la crueldad requiere su propio diccionario. No me atrevo a revelarlo, solo les digo que cada homicidio es un desafío para la idea que usted tenga de lo que somos los seres humanos. Cada secuestro, cada crimen abonan para mantener a la ciudad en vilo. Desde luego que la sociedad exige el fin de la violencia, pero todo permanece en el misterio. Orejel traslapa escenas oscuras y logra su objetivo, llevar a sus lectoras y lectores hasta el fondo de sí mismos, ese lugar en que, cuando hay delitos



tan brutales, todos nos sentimos indefensos.

Conforme avanza la novela y la mano exterminadora actúa, aparecen frases al lado de los cadáveres que se usan para construir un perfil del victimario. La noche que liquida a un vendedor de carne de cerdo, la frase es "Dios no escucha el chillido de los cerdos". Los policías llegan a la conclusión de que se trata de alguien culto y encuentran un culpable. El alcalde se luce en una rueda de prensa y los periodistas tienen la de ocho. La vida sigue y Gunter, abandon-

ado por su mujer y su hijo, no sabe qué hacer con el drama que es su vida. No llora, no se emborracha, no lee y se siente el hombre más inútil del mundo. Cuando logra recuperar su instinto también consigue otra cosa, que ustedes descubrirán con gran placer. Quizá después de leer esta novela tenga usted una respuesta acerca de lo que pasa en pueblos, ciudades y autopistas de nuestro país. Quizá no le tiemble la voz para decir, ¡basta! Y recuperar la paz. Cuidense, ahora que las noches son más largas que los días.

ad pédem literae

Tenía que pasar mucho tiempo hasta que yo me diera cuenta de que lo que me daban los niños valía más que todo lo que ellos recibían de mí

Josefina Aldecoa

Letras de buen humor

La envidia va tan flaca y amarilla porque muere y no come.

Francisco de Quevedo